

Las bifaces protolíticas de la Puna de Chile y Argentina

JORGE FERNANDEZ

Schobinger (1969), ha vertebrado las culturas paleolíticas suramericanas del estadio protolítico con las siguientes industrias (a veces, verdaderos complejos industriales), expuestas a continuación sin ordenación cronológica alguna:

1) Industrias de guijarros (Barrancas, Mal Paso, etc.), desde 12.000 años AP.

2) Industria de bifaces (horizonte andino de bifaces de Lanning), extendido desde el Perú a la Argentina (Chivateros I y II, Talabre, Loma Negra, Ampajango y numerosos sitios de la Puna argentina), hasta 18.000 años AP.

Las primeras tienen una distribución espacial un tanto episódica, son escasamente conocidas, y esto ya les quita algo de la importancia que indudablemente deben tener. Pero las segundas, descritas por Cigliano para la Argentina (1962), no sólo por su gran difusión, sino también por la problemática que plantean, deben ser objeto de un estudio mucho más profundo. El hallazgo de nuevos e interesantísimos talleres de la industria de Ampajango pura en el más remoto occidente de la Puna, casi coincidente con las dataciones radimétricas publicadas por Mc Neish, de las que habré de ocuparme *in extenso* más adelante, me obliga a redactar esta breve nota en la que deseo sintetizar y dejar establecidas algunas consideraciones en torno a esa industria. No entraré en la descripción de materiales, por otra parte bien conocidos a través de la magnífica publicación de Cigliano de 1962, pero sí diré que los últimos hallazgos amplían tanto su dispersión espacial, que prácticamente unifican un amplio ámbito geográfico extendido desde Catamarca hacia el norte y que a través de Chile setentrional, alcanza el Perú. Sólo recordaré, brevemente, que este llamado *horizonte andino de bifaces* está básicamente integrado por hachas bifaciales talladas por percusión, generalmente en rocas basálticas y cuarcíticas; también incluye cuchillos, raederas y, en su contexto, siempre se presenta cierta proporción de elementos con talla monofacial, a veces constituyendo puntas de mano bastante características. El tamaño de estos elementos industriales es en cierta medida constante dentro de un mismo yacimiento, pero variable en yacimientos distantes entre

sí. Son grandes y pesados en ciertas áreas de Talabre y de la sierra de Aguilar y Ampajango; pequeños, en cambio, en Tres Morros, mientras que en Pairique Grande (Puna occidental), son idénticos a los de regular tamaño presentes en Ampajango. Esto ya nos conduce a la idea de facies sobre la que seguramente habremos de volver más adelante.

Si nos propusiéramos incorporar estos restos a la unidad absoluta de la Prehistoria, deberíamos afrontar un problema casi insoluble. Es, ciertamente, aberrante que una industria perteneciente al acervo de una humanidad extinguida, sea retomada a miles de kilómetros de su origen, y decenas de miles de años más tarde, por cazadores recolectores americanos y que, en el nuevo ámbito, evolucione de manera propia. Semejante recurrencia es inexplicable, de manera que resta la posibilidad, que debe ser tenida en cuenta, de considerar su ingreso a tierra americana juntamente con las primeras oleadas humanas que penetraron por Bering. Siguiendo las ideas de Müller-Beck, expuestas en sus últimos trabajos, parece probable que las primeras ingresiones de pobladores se hayan verificado casi treinta milenios atrás (exactamente, hace 27.000 años antes del presente), por la ancha plataforma beringiana, durante el último interestadio y en un momento en que no solamente existía el puente intercontinental sino también el corredor libre de hielos entre Alaska y Norteamérica central, adosado a las montañas Rocallosas. Müller-Beck llama la atención hacia la industria de Weimar (bifacial), que evolucionó en el centro de Europa, donde incorporó útiles de hueso y puntas foliáceas. En el segundo estadio de la glaciación Würm ya estaba presente en Siberia oriental, siempre llevada por cazadores de grandes mamíferos, los cuales habrían ingresado al subcontinente beringiano en su persecución, e inconscientemente, en el Nuevo Mundo. De manera que la primera oleada de cazadores que entró en él, era ya portadora de una industria lítica altamente especializada y adaptada a la caza de mamíferos de manada, de la cual el elemento más característico es el de las puntas Llano, con evidentes rasgos de arcaísmo y fechadas en

Nuevo México en 13.000 años AP. En cuanto a la segunda oleada, de ancestro aurignacoide, llegó a Bering hacia 15.000 años AP, pero el puente no existía en ese momento y no pudo cruzar sino hacia 11.000 años AP; son los predecesores de los actuales mongoloides del Mar de Bering. Intensificaron el uso de buriles e influyeron mucho sobre los remanentes de la ingresión anterior que habían quedado estacionados en Alaska, especialmente en el valle del Yukon, que había permanecido siempre libre de hielo. Nótese que ambas corrientes de migración hacia tierra americana —la primera, a la que Müller-Beck llama *paleoindia*, y la segunda, portadora de técnicas aurignacoideas—, constituyen ya un aglomerado cultural netamente miolítico, integrado por industrias que incluyen puntas muy especializadas y adaptadas para la caza de grandes mamíferos (terrestres en el primer caso, marinos en el segundo). No ha quedado, pues, en esta concepción teórica de Müller-Beck, la más leve rasgadura en la trama para que por ella se infiltraran acervos correspondientes a primitivos cazadores recolectores, ellos sí portadores de verdaderas técnicas protolíticas, la más antigua forma cultural conocida (Paleolítico inferior del Viejo Mundo).

¿Cómo explicar, entonces, la aparición de tales técnicas en territorio suramericano? Porque una cosa es segura, y es que estas hachas bifaciales —y lo mismo podría decirse de los guijarros trabajados— tengan o no puntos de coincidencia con las teorías más sublimadas, constituyen una realidad, y como tal deben tener —y seguramente la tienen—, una explicación racional, lógica y armoniosamente imbricada al panorama general de nuestra prehistoria.

Los recientes hallazgos y fechados radiométricos publicados por Mc Neish (1971), antes citados, vuelven a mover la discusión en torno a un posible poblamiento de América verificado en época mucho más temprana que la antes expresada. Mc Neish, en cavernas del Perú (valle de Ayacucho, entre Lima y Cuzco), contando con buena estratigrafía y a través de doce excavaciones, ha podido seguir la evolución casi continua de la sucesión cultural comprendida entre el milenio 20 AC y el año 1500 de la Era. En los estratos de nuestro interés —los más tempranos—, se presenta un complejo de implementos bifaciales y monofaciales (*Paccaicasa Complex*), cuya antigüedad parece sobrepasar los 20.000 años AP. Los fechados son indudablemente aceptables, y la presencia de fauna fósil indiscutible, pero ni lo uno ni lo otro parece autorizar a expresar, como lo hace Mc Neish, que "if this is so, man may have first arrived in the Western Hemisphere between 40.000 and 100.000 years ago". General-

mente es fácil olvidar las barreras que se oponen a un pasaje tan prematuro. Si, efectivamente, el poblamiento americano tuvo lugar a través de la plataforma beringiana —y en esto hay un acuerdo casi total—, dicho poblamiento sólo pudo haberse producido en un momento en que se conjugaran coincidentemente (en espacio y tiempo) los siguientes factores: 1) existencia del puente beringiano; 2) situaciones generales favorables en el continente asiático; 3) establecimiento de condiciones florísticas capaces de servir de soporte a los mamíferos de manada; 4) desplazamientos faunísticos concordantes con el enunciado del punto anterior; 5) condiciones de englazamiento no rígidas en las montañas Koryak y Anadyr, así como en la península de Chukotka (Asia); 6) existencia de un pasaje libre de hielo entre el valle del Yukon (Alaska) y el centro de Norteamérica. No existe hasta ahora prueba alguna de que esta conjunción de factores, que operan como un sistema ecológico regulador de la biota y de sus desplazamientos, haya existido en el espacio temporal comprendido entre 40 mil y 100.000 años AP; pero sí existen pruebas objetivas de que él pudo haberse producido hace unos 30.000 años. Finalmente, es necesario recordar todavía la existencia de otro filtro regulador de la biota, ubicado en la actual Centroamérica.

No nos sirven, pues, las conclusiones obtenidas en Perú —a pesar de su enorme interés e importancia—, en relación al problema vinculado a nuestras bifaces andinas, en cuanto dichas conclusiones adolecen *ex ovo* de un vicio imposible de conciliar con el conjunto de nuestros conocimientos, que es la antigüedad que en exceso se le atribuye. Sería agravar nuestro problema innecesariamente, aceptar sin más pruebas un poblamiento tan temprano (Paleolítico inferior). Descartada, pues, la posibilidad de su ingreso temprano acompañando a una oleada cultural de cazadores-recolectores (protolítica) —negación sustentada más por evidencias geológicas y biológicas, que por las arqueológicas—, restan aún otras posibilidades cuya revista pensamos que puede contribuir en algo a la clarificación del problema:

a) las bifaces andinas constituirían formas recurrentes, una involución hacia formas primitivas;

b) constituirían útiles especializados y adaptados a las necesidades nuevas experimentadas por grupos cazadores, poseedores a la vez de útiles más evolucionados;

c) serían piezas de desecho; es frecuente que talladores de puntas triangulares sobre lascas hayan abandonado un núcleo que afecta en unos casos, las formas de un hacha amigdaloides perfecta, en otros la de un caparazón de tortuga;

d) serían hachas de mano miolíticas, en el sentido de Menghin;

e) podrían constituir un contexto epiprotolítico, es decir, desarrollado tardíamente.

Es fácil advertir que los supuestos aquí esbozados se cubren e interfieren mutuamente.

Hemos dicho poco más arriba que esta industria de bifaces ha tenido su evolución particular. Aún en el yacimiento tipo de Ampajango se observa una cierta proporción de elementos unifaciales (incluidas las hachas de esa morfología), que alcanza cierta preponderancia en yacimientos de la Puna. Se aprecia también una disminución general del tamaño en los materiales líticos; por ejemplo, en el yacimiento de Tres Morros, cuya filiación ampajanguense parecería indudable. En el sitio de Pairique Grande (Puna occidental), se presentan grandes puntas de mano unifaciales que, si no son intrusivas, por su morfología deben ya incluirse en el contenido de la industria de la sierra de Aguilar, esta última, a su vez, vinculada epigonalmente a la industria de Saladillo (Schobinger, 1969). Tales interrelaciones, como vemos, nos llevarían a aceptar toda una evolución industrial que va desde la talla por percusión sobre núcleos grandes y lascas (Ampajango, Talabre), hasta la talla por percusión, con escaso retoque por presión en los bordes sobre láminas estrechas (Aguilar, Saladillo) endógenamente verificada en un marco geográfico aparentemente demasiado estrecho (región andina de Chile, Argentina y Perú).

Amalia S. de Bormida ha establecido hace unos años (1965), con acierto notable, la circunstancia de que algunas industrias miolíticas del Noroeste argentino poseen una raigambre indudablemente protolítica. Esto puede aceptarse especialmente cuando nos encontramos frente a industrias con signos de arcaísmo, propios de aquellas en transición, características de procesos transculturativos. Pero en el caso de las bifaces de las altas montañas, enfrentamos algo que no conserva signos de arcaísmo, sino que constituye el arcaísmo en su cabal integridad.

Personalmente —aunque sin poder aportar dato objetivo alguno—, no puedo dejar de lado la idea de una emigración; pero no de una migración procedente del norte, similar a aquellas a las que estamos habituados a pensar, sino una que efectúa el camino inverso, es decir, desde el sur hacia el norte. Por ejemplo, desde la Patagonia, donde durante tanto tiempo se ha mantenido la tradición del hacha de mano (postglacial), especialmente en su sector austral. No pierdo de vista el hecho de que, en tal caso, estaríamos frente a una industria epiprotolítica que por algún motivo, o por algún proceso de acorralamiento, accedió tardía-

mente a la región andina, y que en el nuevo ámbito desechó de manera paulatina su utilaje original, adoptando otro con igual lentitud: esto podría explicar la presencia cada vez mayor —ya señalada en yacimientos de Chile y Argentina—, de lascas e implementos unifaciales, entre los cuales se incluyen puntas de mano verdaderas, asimilables a la industria de Aguilar.

La importancia de las bifaces andinas, de la industria de buriles y la de guijarros, es muy grande. De su afirmación o negación seguras, podría afirmarse o negarse la existencia de una cultura protolítica —esto es, de un verdadero Paleolítico inferior—, en Suramérica. ¿Tiene razón Müller-Beck— y otros con él—, al negar de plano, o por lo menos al dejar fuera de toda consideración industrias similares de Norteamérica, oportunamente señaladas por Krieger? ¿Tienen razón, en la Argentina, Cigliano, Schobinger y otros investigadores, cuando señalan la individualidad de estas bifaces? Se abren, de esta manera, dos caminos para la investigación nueva, según pongamos nuestras miras en lo protolítico, o en lo miolítico con formas recurrentes. Para demostrar lo primero, hace falta encontrar un yacimiento estratificado, geológicamente datable. Años de paciente investigación dedicados a hilar la estratigrafía de varios yacimientos del lejano Noroeste, me han permitido reconstruir una larga columna industrial —y parcialmente cultural—, y estratigráfica, en la que empero debo reconocer que subsisten algunos blancos y discordancias. Intercalada en sedimentos holocenos ha surgido así una industria de Saladillo clásica, fundada por Menghin más de quince años atrás sobre consideraciones teóricas basadas en la publicación de Boman (1908); a la industria de Saladillo sigue una derivación tardía y complicada, que no sobrepasa los 6.000 años de antigüedad. Igualmente ha sido posible elaborar un perfil de la cultura de cazadores superiores, especialmente ayampitinoses, y formas epígonas. Y dos grandes tradiciones líticas que en la Puna y en el Noroeste pervivieron durante muchos milenios: la de puntas triangulares tempranas y tardías, y la de puntas foliáceas ayampitinoideas, a las que aún no he podido divulgar mediante su publicación. Tal panorama parecía imposible años atrás, en 1962, al iniciar estas investigaciones, pues se consideraba difícil el hallazgo de yacimientos con buena estratigrafía. Sin embargo, tales yacimientos fueron encontrados, excavados y en algunos casos, fechados por el método del radiocarbono. Pero las industrias de Ampajango y de Aguilar son, bajo tal punto de vista, cabos sueltos tentativamente arrojados en busca de la unificación e integración del panorama prehistórico que ahora tan difícil se presenta de lograr. Ellos son, sin

embargo, de extraordinaria importancia; pienso que cuando se las conozca mejor y se las incorpore definitivamente al andamiaje general de la prehistoria (ya en uno u otro estadio cronológico, quiero decir: en lo protolítico o en lo epiprotolítico), será posible dejar de hacer referencia a estructuras culturales tan esqueléticas como son las industrias, y hacer referencia directa a verdaderas culturas: tal parece estar ocurriendo ya con la de cazadores superiores, especialmente ayampitineses.

¿A qué impensados descubrimientos puede conducirnos la exploración de una huella discrepante, como lo es este horizonte de bifaces? Quizá al meollo de nuestra originalidad prehistórica. Hay que confiar, pues, que en un futuro próximo sea posible razonar más objetivamente en torno a las industrias de apariencia protolítica, cuyo estudio ha de conducirnos a la afirmación o negación definitiva de la existencia de una cultura de cazadores inferiores en Suramérica.

INSTITUTO DE ARQUEOLOGIA

El Instituto de Arqueología dependiente de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador deseando brindar a quienes se interesan por la ciencia arqueológica la oportunidad de ampliar su información de manera estructurada, está organizando para el próximo año dos Cursos que se dictarán como parte de un plan de Extensión Universitaria.

Ellos estarán referidos a:

- I) Arqueología Americana y Argentina.
- II) Arqueología Bíblica.

Ambos están programados para dos años de duración y se desarrollarán en dos cuatrimestres por año.

Condiciones de ingreso: Se deberá tener título secundario o equivalente.

Categoría de alumnos: Regulares, con asistencia obligatoria, trabajos prácticos y sistema de evaluación final.

Oyentes, cumplirán las mismas condiciones excepto el examen final.

Con un 80 % de asistencia se otorgará certificado de asistencia.

A continuación adelantamos el Programa de asignaturas a cursar durante el Primer año en el curso de Arqueología Americana y Argentina.

1er. Cuatrimestre

a) INTRODUCCION A LA PREHISTORIA GENERAL

Prehistoria europea. Principales descubrimientos antropológicos. Metodología de investigación.

Horario: días martes de 18 a 20,30 horas.

BIBLIOGRAFIA

- Cigliano, E. M.: *El Ampajanguense*. Public. Núm. 15, Inst. de Antropología, Rosario, 1962.
- Cigliano, E. M.: *Industrias precerámicas de la Puna Argentina*. Instituto de Prehistoria y Arqueol., Monografías, II, Barcelona, 1962.
- Cigliano, E. M.: *El hombre temprano en el Noroeste argentino*. Diario "La Prensa", edic. ilustr. del 13 de setiembre de 1963.
- Sanguinetti de Bórmida, A.: *Dispersión y características de las principales industrias precerámicas del territorio argentino*. Etnia, I (6), Olavarría, 1965.
- Schobinger, J.: *Prehistoria de Suramerica*. 1-295; Labor, Barcelona, 1969.
- Mc Neish, R.: *Early man in the Andes*. Scientific American, abril 1971, págs. 36-46.

b) ARQUEOLOGIA AMERICANA

Período precerámico americano (menos Argentina).

Horario: días jueves de 18 a 20,30 horas.

2do. Cuatrimestre

a) ARQUEOLOGIA AMERICANA

Período agro-alfarero y altas culturas de Mesoamérica: México, Guatemala y Honduras.

Horario: días jueves de 18 a 20,30 horas.

b) ARQUEOLOGIA ARGENTINA

Período precerámico.

Período agro-alfarero (Iª Parte).

Horario: días martes de 18 a 20,30 horas.

El primer cuatrimestre se extenderá desde el 10 de abril hasta el 15 de julio. El segundo cuatrimestre comenzará el 3 de setiembre y finalizará el 30 de noviembre.

La evaluación se tomará en la primera quincena de agosto y diciembre, respectivamente.

ARQUEOLOGIA BIBLICA

1er. Cuatrimestre

a) INTRODUCCION A LA PREHISTORIA GENERAL

Esta Introducción será dictada en común para los asistentes a ambos Cursos.

b) INTRODUCCION A LA CIVILIZACION DEL CERCANO ORIENTE

Horario: días viernes de 18 a 20,30 horas.

(Continúa en la pág. 17)